

## **El Nuevo Orden Global bajo la Lupa: Un Ejercicio de Pensamiento Crítico Asistido**

Vivimos un momento histórico en el que los acontecimientos se precipitan y la arquitectura global está cambiando a un ritmo vertiginoso. Los cimientos del orden internacional que conocíamos se resquebrajan, y los movimientos tectónicos de la geopolítica actual van a tener, inevitablemente, consecuencias muy profundas y directas sobre nuestro nivel de vida, nuestra seguridad y nuestro futuro.

Para navegar este escenario, habitualmente recurrimos a los medios de comunicación y a los líderes políticos, quienes nos ofrecen su visión del panorama. Sin embargo, ellos mismos nos advierten constantemente de un peligro inminente: las injerencias de quienes diseñan estas nuevas estructuras de poder. Nos enfrentamos a guerras narrativas y a la construcción de bulos interesados, fabricados a medida para distorsionar la realidad y hacernos ver espejismos en medio del desierto informativo.

Hoy, más que nunca, el **pensamiento crítico** es nuestra principal línea de defensa. Y en este esfuerzo por despejar la niebla, la Inteligencia Artificial puede funcionar como unas "gafas" de precisión; una herramienta que, despojada de sesgos partidistas, nos ayuda a contrastar argumentos, detectar contradicciones y arrojar luz sobre un horizonte lleno de incertidumbre.

Lo que presentamos a continuación es el resultado de ese ejercicio analítico. Mediante una colaboración interactiva entre el raciocinio humano y una IA, hemos diseccionado el complejo argumentario que rodea la tensión entre las democracias occidentales (con el papel de EE. UU. como gendarme) y el eje liderado por potencias como Irán.

El objetivo de esta serie de artículos no es imponer una verdad absoluta, sino ofrecer una visión panorámica y complementaria de las posturas enfrentadas. **En la parte I se expone la posición que defiende la intervención de EE. UU. en Irán, en la parte II la posición contraria a esa intervención, y en la parte III un análisis de ambas posiciones desde un punto de vista "neutral" y una aproximación a las acciones que podrían ayudar a resolver este conflicto.** Solo entendiendo las luces y las sombras de cada trinchera ideológica podremos trazar una hoja de ruta pacífica y duradera para los problemas geopolíticos que tenemos planteados. Este es el trabajo.

### **PARTE I: LA DEFENSA DE LA DISUASIÓN (Argumentario a favor de la intervención de EEUU)**

#### **El Espejismo del Derecho Internacional y la Carga del Gendarme**

El debate público occidental sufre de una preocupante desconexión con la realidad geopolítica, especialmente cuando se invoca el Derecho Internacional. Para gran parte de la clase política, particularmente en los sectores progresistas, el Derecho Internacional parece ser un ente puramente filosófico, un manual de buenas intenciones que opera por arte de magia. Olvidan la premisa más básica de la civilización: no hay derecho sin consecuencias para quienes lo violan.

Fijemos el foco en Oriente Medio. El Derecho Internacional reconoce la existencia y soberanía del Estado de Israel. Sin embargo, el régimen de Irán no solo no lo reconoce ni acepta la solución de "los dos estados", sino que su Líder Supremo, el Ayatolá Alí Jamenei, calificó a Israel como un "tumor canceroso" en la región que "indudablemente será extirpado y destruido". En 2015, Jamenei predijo públicamente que Israel dejaría de existir en un plazo de 25 años. Mahmud Ahmadineyad dijo que Israel debe ser "borrado del mapa". La retórica militar iraní asume como objetivo final la destrucción del Estado judío. De hecho, en Teherán existe un reloj digital gigante en la Plaza Palestina que hace una cuenta atrás hacia el año 2040, fecha en la que el régimen prevé la desaparición de Israel. Pero no quedan las cosas en la retórica, Irán lleva años atacando a Israel y desestabilizando la región mediante el uso de milicias interpuestas y guerras por delegación. Las consecuencias de esta estrategia son devastadoras: decenas de miles de víctimas en Oriente Medio a causa de la desestabilización financiada y dirigida por Teherán. Los ataques de sus aliados a petroleros a la salida del Golfo y las continuas violaciones de los planes de paz, como los establecidos para Gaza, constituyen afrentas flagrantes a la estabilidad global y al Derecho Internacional.

Pero la injerencia iraní no se limita a su vecindario; busca activamente socavar desde dentro a las democracias occidentales. Es un hecho comprobado que incluso un ex vicepresidente de nuestro propio gobierno admitió públicamente que, antes de llegar al Gobierno, se había beneficiado del aparato mediático y financiero iraní para tratar de llegar a las más altas esferas de la política, reconociendo sin pudor que el objetivo de Teherán al financiarlo era desestabilizar el bloque occidental.

Ante esta vulneración sistemática, la comunidad internacional emite condenas vacías. Nos guste o no, la única alternativa que Occidente tiene puesta sobre la mesa es que Estados Unidos sea el actor global con la capacidad militar, económica y política de ejercer de "policía" y hacer respetar el orden internacional. Y es exactamente lo que está haciendo.

La administración estadounidense aplica la fuerza en grados de menor a mayor, esperando una rectificación que rara vez llega de regímenes totalitarios. Lo hemos visto recientemente en Venezuela. La operación quirúrgica y de fuerza que culminó con la captura de Nicolás Maduro forzó una capitulación que ha dejado al frente a una administración, liderada por Delcy Rodríguez, que ahora no tiene más remedio que mostrarse sumisa ante los dictados de Washington. Fue una solución de fuerza, sí, pero efectiva para dismantelar la amenaza enquistada de un aliado de Irán y el bloque antioccidental (China, Rusia, Irán y Corea del Norte).

En Irán, la paciencia de EE. UU. también se agotó. La negativa de las autoridades iraníes a ceder y sus constantes desafíos (incluidas reiteradas violaciones del Derecho Internacional) han llevado a la actual escalada, con los recientes bombardeos conjuntos de Estados Unidos e Israel sobre territorio iraní. Es la consecuencia lógica cuando la diplomacia fracasa ante un actor que solo entiende el lenguaje de la disuasión militar.

Ahora, cuando la vía resulta sangrienta, se inician presiones de los aliados de EE. UU. que exigen su repliegue. Imaginemos que EE. UU. abandona de la noche a la mañana su papel de gendarme global, se retira a defender estrictamente sus fronteras, desguaza sus portaaviones, dismantela sus arsenales nucleares y dedica todo ese presupuesto militar a financiar un sistema público de

pensiones idéntico al español. Es un escenario idílico sobre el papel, casi utópico. Pero, ¿cuál sería el resultado en el mundo real?

El vacío de poder no quedaría sin llenar. ¿Quién garantizaría entonces el Derecho Internacional? Inmediatamente veríamos cómo potencias revisionistas y regímenes autoritarios darían un paso al frente para imponer su propia ley: la del más fuerte. No olvidemos que existen reivindicaciones territoriales activas que amenazan directamente nuestra vecindad y nuestros intereses. Países como Marruecos o Turquía mantienen pulsos constantes sobre territorios vinculados a la UE, como Chipre, Ceuta, Melilla o las aguas canarias. Por otro lado, China no dudaría un segundo en anexionarse Taiwán por la fuerza, asfixiando el mercado global, y Rusia tendría vía libre para terminar de engullir a media Europa del Este. Sin la fuerza disuasoria y la protección implícita de Estados Unidos, ¿cómo quedaría nuestra paz, nuestra seguridad y, en última instancia, nuestro nivel de vida? ¿Quién haría valer el tan aclamado Derecho Internacional ante el avance de los ejércitos expansionistas?

Y aquí radica la gran paradoja de nuestro tiempo, el inmenso punto ciego del debate público occidental. A la hora de defender el Derecho Internacional, los sectores progresistas y los autodenominados pacifistas eligen, de forma casi sistemática, ponerse del lado de los infractores. Invierten un esfuerzo retórico inagotable en comprender o justificar a regímenes como el de Irán y sus aliados, mientras demonizan y exigen la condena de Estados Unidos y las democracias que se ensucian las manos para defender, precisamente, ese ordenamiento jurídico que tanto dicen venerar.

**En el fondo, esta actitud revela un cinismo geopolítico innegable: el progresismo occidental quiere disfrutar de los dividendos de la paz y la seguridad que garantiza el gendarme estadounidense, pero condicionando sus estrategias a su antojo. Pretenden cobijarse bajo el paraguas de Washington para proteger su Estado de bienestar sin mancharse las manos, sin asumir un solo riesgo estratégico y, por supuesto, sin pagar la factura de la disuasión. Exigen que otro haga el trabajo sucio de frenar a autocracias y patrocinadores del terrorismo, para luego poder permitirse el lujo de criticarlo desde la comodidad de la inacción y la superioridad moral.**

El Derecho Internacional sin la fuerza coercitiva que lo respalde es solo papel mojado. Las actitudes fariseas de quienes claman por la paz, desde el inmovilismo y la inacción, mientras atacan a los únicos defensores reales del orden global no están promoviendo la justicia; están, consciente o inconscientemente, allanando el camino a la barbarie.

## **PARTE II: LA RÉPLICA MULTILATERALISTA (Argumentario en contra de la intervención de EEUU).**

### **La Ley de la Selva Disfrazada de Justicia: El Fracaso del "Sheriff" Global**

Hay un peligroso espejismo que recorre ciertos sectores del debate público occidental: la creencia de que la paz y la estabilidad global solo pueden sostenerse a punta de misil y bajo la bota de una única superpotencia. Se nos pide que abandonemos el Derecho Internacional como marco de

convivencia para abrazar, en su lugar, un "realismo mágico" bélico, donde la violación sistemática de la soberanía nacional se justifica si quien aprieta el gatillo lleva la placa de "gendarme" del mundo libre.

El texto que defiende la intervención unilateral de Estados Unidos comete un error de base fundamental: confunde el Derecho Internacional con la hegemonía imperial. Cita, con acierto, la execrable y peligrosa retórica del régimen iraní. Nadie con un mínimo de decencia democrática defiende a los ayatolás, ni ignora sus abominables amenazas de borrar a Israel del mapa. Pero la respuesta a un régimen que opera al margen de la ley no puede ser rebajarnos a su nivel y desmantelar el ordenamiento jurídico global.

Resulta un ejercicio de contorsionismo intelectual sin precedentes aplaudir operaciones de "cambio de régimen" forzoso en Venezuela o celebrar bombardeos unilaterales sobre territorio iraní, y llamar a eso "hacer respetar el Derecho Internacional". No nos engañemos: cuando un país decide unilateralmente, sin el mandato del Consejo de Seguridad de la ONU, quién debe gobernar en otra nación o qué ciudades hay que bombardear, no está defendiendo la ley; está imponiendo la ley del más fuerte. Es la ley de la selva con un barniz de diplomacia.

Quienes justifican esta violencia supuestamente "quirúrgica" olvidan convenientemente que la fuerza engendra caos. Atacar y desestabilizar países no produce democracias liberales instantáneas; suele dejar tras de sí estados fallidos, millones de refugiados, resentimiento generacional y el caldo de cultivo perfecto para el extremismo.

Pero el punto más falaz del argumento intervencionista es la acusación de cinismo hacia el progresismo occidental. Se nos acusa de querer "cobijarnos bajo el paraguas de Washington" sin mancharnos las manos ni pagar la factura. Esto es una tergiversación absoluta. Quienes defienden el multilateralismo no rechazan asumir el coste de la seguridad; lo que rechazan frontalmente es pagar la cuota de un **sistema de protección mafioso**, donde el supuesto "gendarme" exige sumisión total a cambio de arrastrarnos a guerras perpetuas y ser cómplices de matanzas indiscriminadas.

Se invoca el sufrimiento causado por los aliados de Irán, y con razón, pero el "gendarme" exige mirar hacia otro lado ante las decenas de miles de civiles asesinados en Gaza bajo bombardeos injustificables, o ante las continuas violaciones de resoluciones de la ONU por parte de potencias aliadas. Negarse a aplaudir este doble rasero flagrante no es "comodidad" ni "superioridad moral de despacho"; es negarse a firmar cheques en blanco para masacres. Un sistema legal que solo castiga a los enemigos del gendarme y otorga impunidad absoluta a sus amigos no es justicia, es vasallaje.

El ejercicio de imaginación que se nos propone —un mundo donde Estados Unidos se retira y somos inmediatamente devorados por potencias expansionistas como Rusia o China— es una falsa dicotomía diseñada para infundir terror. Nadie propone que las democracias se desarmen ante las autocracias. Lo que se exige es que la contención de estas amenazas se haga a través de alianzas legítimas, reforzando instituciones globales y respetando las reglas del juego, no operando como un llanero solitario que redibuja fronteras a su antojo.

La verdadera paradoja de nuestro tiempo no es la del progresismo, sino la de aquellos que se autodenominan defensores de Occidente y de la "civilización", pero están dispuestos a dinamitar el

orden internacional basado en reglas, sustituyéndolo por un matonismo de Estado. Cederle a una sola nación el poder absoluto para juzgar y ejecutar no es la garantía de nuestra seguridad; es la garantía de que el mundo arderá para siempre.

### PARTE III: LA SÍNTEESIS Y LA SOLUCIÓN.

#### El Falso Dilema: Entre la Impunidad Multilateral y el Matonismo Unilateral

Leer los argumentos que polarizan el actual debate geopolítico produce una profunda sensación de *déjà vu*. Por un lado, se nos presenta la cruda *realpolitik*: la justificación de que Estados Unidos debe actuar como el "gendarme" mundial, aplicando soluciones de fuerza unilaterales porque el Derecho Internacional es incapaz de frenar a autocracias y regímenes hostiles. Por otro, se alza la defensa purista del multilateralismo: la condena a cualquier intervención que bordee la legalidad de la ONU, advirtiendo que la fuerza engendra caos y que el fin jamás justifica los medios imperiales.

Ambas posturas resultan intelectualmente seductoras porque ambas tienen parte de razón. Y, sin embargo, ambas fracasan a la hora de ofrecer una solución viable a largo plazo. Estamos atrapados en un falso dilema entre la impunidad y el matonismo.

El defensor del "gendarme" acierta de pleno en su diagnóstico sobre la parálisis institucional. Las resoluciones de Naciones Unidas no detienen los misiles de Irán, no protegen a los disidentes en Venezuela, ni frenan el expansionismo del bloque revisionista (Rusia, China, Corea del Norte e Irán). Tiene también razón al señalar la hipocresía de una Europa —y de cierto progresismo— que se ha acomodado en el asiento trasero de la historia, exigiendo un mundo basado en reglas maravillosas mientras le pasa a Washington la factura financiera y moral de la disuasión militar.

Sin embargo, el enfoque del "sheriff solitario" es insostenible. Como bien apunta su detractor, basar el orden global en la voluntad errática y los intereses nacionales de una sola superpotencia no es Derecho, es vasallaje. Las intervenciones unilaterales, los dobles raseros y las "soluciones quirúrgicas" al margen de la ley acaban erosionando la misma arquitectura legal que Occidente dice defender, regalando a las autocracias la narrativa perfecta para justificar sus propios atropellos. No se puede salvar la aldea quemándola.

Si queremos salir de esta trampa dialéctica y del peligroso vacío de poder que se avecina, no basta con elegir un bando; es imperativo **mejorar el sistema** desde sus cimientos. La respuesta no es abandonar el Derecho Internacional, sino dotarlo de las herramientas de coerción legítima que hoy le faltan.

¿Cómo se articula esta tercera vía en el mundo real?

- **Multilateralismo Musculado:** Debemos transitar de un modelo donde el peso recae en un solo país a un sistema de "alianzas de democracias" con capacidad real de intervención. El Derecho Internacional necesita dientes, pero esos dientes no pueden pertenecer a un solo perro guardián. Las acciones punitivas contra quienes violan la paz (como el régimen iraní) deben ser consensuadas y ejecutadas por coaliciones amplias que diluyan el tufo al viejo

imperialismo estadounidense.

- **Asunción de Costes (El Fin del "Gorrón" Geopolítico):** Quienes defienden la pureza del Derecho Internacional deben poner su presupuesto donde ponen su retórica. La Unión Europea y las democracias aliadas tienen que desarrollar una autonomía estratégica real. Solo cuando Europa posea una fuerza disuasoria creíble y esté dispuesta a asumir riesgos, tendrá la autoridad moral para exigirle a Estados Unidos que se ciña a las reglas del juego.
- **Reforma Institucional Urgente:** El Consejo de Seguridad de la ONU, bloqueado sistemáticamente por los vetos cruzados de potencias rivales, es un fósil de 1945. Necesitamos construir marcos jurídicos vinculantes paralelos entre las naciones libres, donde la expulsión, la sanción económica asfixiante y, en última instancia, el uso legítimo y proporcionado de la fuerza frente a agresiones directas no dependan del permiso de Moscú o Pekín.

La paz no es el estado natural de la humanidad; es una construcción artificial que requiere mantenimiento constante. Renunciar a la fuerza coercitiva nos entrega a la barbarie de los tiranos, pero ejercerla sin el corsé de la legitimidad compartida nos convierte en aquello que juramos combatir.

El gran desafío de nuestra generación no es elegir entre la inacción de la ONU o los misiles de Washington. El reto es construir un sistema donde el Derecho Internacional tenga la fuerza de un gendarme, y el gendarme tenga la legitimidad del Derecho.

Marzo de 2026. Autores del artículo Ramón Claver y Gemini pro.